

LA COOPERACIÓN EN EL CHILE NEOLIBERAL. ALGUNAS PISTAS PARA LA REFLEXIÓN.

Myriam OLGUÍN TENORIO¹

Quisiera comenzar esta presentación evocando una idea bastante conocida. Durante la Dictadura militar Chile fue un país privilegiado por la Cooperación. Numerosas agencias europeas se hicieron presente a través de financiamientos y apoyos a programas y acciones emprendidas especialmente por ONGs. Las razones para cooperar en Chile estaban claras. La dictadura, terrorista y neoliberal, atentaba contra los derechos humanos, suprimía los derechos políticos y sociales, emprendía el ajuste estructural, empequeñeciendo el estado, privatizando empresas y servicios sociales básicos, consolidaba una reforma laboral tendiente a flexibilizar el empleo y terminar con los soportes organizativos de los trabajadores, eliminando las normas de sindicalización y atomizando al movimiento obrero. En esta desolación las crisis económicas acentuaron sus efectos de cesantía, hambre, falta de viviendas, mientras que la represión instalaba un clima de miedo y muerte.

¿Cómo no considerar a la cooperación internacional un actor relevante en este contexto? Gracias a su aporte y compromiso las ONGs e iglesias pudieron desarrollar al interior del mundo social un trabajo de activación, de fortalecimiento del movimiento social para levantarse contra la dictadura, pero también, para ayudar, para aportar a satisfacer las profundas necesidades que la dictadura provocaba con su política económica y la complementaria represión. Sin embargo es indesmentible que esto ha cambiado, quizá no con la profundidad que muchos imaginaban, pero sí lo suficiente para que la cooperación acusara recibo del nuevo status chileno. Lo que no se esperó fue el abandono creciente, casi mecánico que la cooperación hizo de una sociedad que había luchado, a veces heroicamente, contra la implantación terrorista de un modelo rapaz que sólo rinde frutos en la medida que incrementa las brechas sociales. Estas notas están en importante medida dedicadas a mostrar la persistencia de los efectos deshumanizadores de tal modelo, sin embargo, no debe considerarse esto como un “lamento” para provocar la compasión de los cooperantes, sabemos perfectamente que los recursos son limitados y que en otras latitudes las necesidades son tanto o más urgentes; sólo queremos advertir que si el mundo sigue funcionando en arreglo con este modelo, aquellas urgencias se multiplicarán hasta el punto en que la cooperación parecerá una broma. La cooperación puede y debe gestionar sus recursos con una perspectiva sistémica, la cooperación puede y debe seguir siendo algo distinto de la ayuda humanitaria, la cooperación debe tener una posición y un rol político que esté por el cambio y la lucha contra el modelo perverso y deshumanizante que se nos ha impuesto. Es en ese marco que queremos presentar el caso chileno, no para rejerarquizarlo de acuerdo a un nuevo “listado de padecimientos” surgidos en los tres últimos quinquenios, sino para mostrar el valor estratégico de una sociedad que supo deshacerse de quienes le impusieron el neoliberalismo, pero que en ese mismo acto perdió apoyos innegablemente necesarios, entre ellos la cooperación, que le permitían avanzar en un protagonismo indispensable para la constitución de alternativas integrales. Creemos

¹ Historiadora y Diplomada en Desarrollo, Medio Ambiente y Sociedad, UCL. Profesora de la Universidad Católica R. Silva Henríquez e investigadora de la ONG ECO, Educación y Comunicación. Santiago de Chile.

firmemente que Chile es una pieza clave en el modelo neoliberal que hoy multiplica las urgencias por toda la faz del planeta; creemos que en Chile aun está sembrada la semilla de una alternativa que no es ideológica, sino humana y fraternal; centenares de agrupaciones de base, de mujeres, de jóvenes, grupos culturales, de defensa del medio ambiente, las minorías étnicas históricamente reprimidas, agrupaciones de derechos humanos, asociaciones de diverso tipo, hablan de una sociedad que mantiene, quizá atomizado, quizá un tanto ambiguo, quizá muy fraccionado, las aspiraciones de cambio y de un mundo mejor.

1. La transición a la democracia. Cambio y continuidad.

El año 1988 marcó el comienzo del retorno a la democracia en Chile. El categórico triunfo del NO en el plebiscito que consultaba si continuaba o no el régimen militar, abrió las puertas para la reconfiguración política y la consolidación de la Concertación de Partidos por la Democracia como alternativa de gobierno. No obstante, la nueva democracia no puso en discusión las profundas reformas neoliberales y el rol del mercado como ente regulador de la economía; más bien intencionó su acción en el sentido de la “modernización del Estado”, esto es, ejercicio de la democracia representativa, gobernabilidad, descentralización, mayor eficacia de los servicios públicos y puesta en marcha de políticas sociales para la superación de la pobreza.

Los gobiernos de la Concertación lograron mantener una fase expansiva de la economía, al menos hasta 1998, con favorables indicadores macroeconómicos: tasa de crecimiento del orden del 7%, control de la inflación, una baja tasa de desempleados y una alta inversión con relación al producto interno. A partir de dicho año, comenzó una recesión aumentando el desempleo, incrementándose el subempleo y el comercio ambulante. Los productores pequeños y medianos no sobreviven económicamente y sólo las grandes empresas, mayoritariamente en manos extranjeras, funcionan bien. Mientras en el primer semestre de 2001 los bancos incrementaban sus beneficios en un 140%.

Chile presenta índices macroeconómicos favorables sometiéndose al sistema mundial de mercados. Mantiene en efecto una política de exportación dinámica y exitosa pero solo del tipo tradicional, extractiva de recursos naturales, sin invertir en una política de exportación de desarrollo industrial. La situación interna es compleja e incierta al entrelazarse la privatización de las funciones del estado, la disolución del Estado social, la planificación económica administrada por empresas multinacionales y por la entrega al mercado de la fuerza de trabajo y del medio ambiente. El desarrollo económico se hace con escasa fuerza de trabajo, aumentando la "informalidad precaria" y la flexibilización que aleja cualquier modo de garantizar la sobrevivencia.

De esta manera, el tema de la desigualdad sigue siendo un nudo central en la realidad chilena, con un proceso de concentración económica que continua desarrollándose; *“Mientras el decil más rico acumula más del 40% del ingreso total del país, el más pobre sólo alcanza en torno al 1% del total. De esta manera Chile se ha convertido en uno de los países con mayor desigualdad de ingreso en el mundo.”* Se considera que la mantención de esta profunda desigualdad está determinada en gran medida por la ‘flexibilidad laboral’,

prolijamente diseñada por la dictadura y sus principales ideólogos. *“La actual institucionalidad laboral ‘flexible’ es la columna vertebral del sistema neoliberal. La desastrosa distribución de ingresos existente en Chile, con una distancia de 13,8 veces entre los más pobres y los más ricos (...) está relacionada con la inexistente capacidad de negociación de los sindicatos, con las persecuciones patronales a los trabajadores activos y con la agonía del movimiento obrero.”*

En materia de viviendas, se ha reducido el déficit habitacional con la entrega de soluciones básicas, sin embargo, la problemática habitacional de los años 90 se ha visto profundizada por nuevos elementos que la han complejizado. El Estado aparece como el principal segregador urbano al crear cinturones de pobreza cada vez más alejados de los centros urbanos y de los lugares de trabajo. Esto ha significado un alto costo en la vida familiar, ya que la inversión de tiempo y recursos para los desplazamientos se ha hecho extremadamente alta.

Estas nuevas poblaciones de viviendas básicas no cuentan, además, con equipamientos elementales, espacios públicos de recreación o lugares para instancias sociales. El tamaño de las viviendas es dramáticamente pequeño, lo que permite hablar con propiedad de “nuevos conventillos” donde en pocos metros conviven familias numerosas, a veces más de una, y en donde las prácticas y relaciones familiares se tensionan profundamente.

Hoy día se sostiene que la sociedad chilena vive una notoria desmovilización y una pérdida de referentes colectivos y/o comunitarios, es decir, las identidades sociales se han reconfigurado profundamente. La desregulación laboral, la pérdida de antiguos referentes organizativos, -laborales especialmente-, la minimización del estado, la competencia como elemento definitorio de la relación social, han generado un amplio debate en el mundo académico e intelectual. Un informante de la agencia NOVIB de Holanda describía así a la sociedad chilena hace dos años atrás: “No existe colaboración entre los distintos actores sociales, no existe una sociedad civil fuerte y la desconfianza, el individualismo y la escasa solidaridad social son características del Chile de 2001.”

Alguno de los diagnósticos provenientes de las ONGs dicen al respecto: “Es notorio que estamos asistiendo a la ruptura de tejido social en diversos grados y circunstancias, a la instalación del miedo, la desconfianza y la desesperanza, ya sea por las drogas, por la delincuencia, por el desempleo, la falta de futuro, por el consumo o la televisión, es un hecho que vivimos múltiples formas de desagregación social, procesos que debilitan los códigos de convivencia y cohesión.”

La corriente crítica ha propuesto la tesis de que la prosperidad chilena constituye un enorme mito, fabricado sobre la base de artificiosos indicadores macroeconómicos, que pretenden encubrir la tutela de facto que los empresarios y militares ejercen sobre las instituciones políticas, todo esto reflejado en una degradación de los sujetos ahora avocados al consumo estatutario por la vía del endeudamiento. El diagnóstico es crítico respecto a la sociedad actual: el grave stress laboral, el “absentismo de los padres en la familia”, la exclusión creciente de los jóvenes y los ancianos, el desincentivo de las prácticas cooperativas y la adhesión a un modelo de competencia rapaz; la concentración de la riqueza, la desprotección laboral, la brecha de calidad entre los servicios públicos y privados de salud

y educación, las abiertas formas de censura, el cultivo de la intolerancia y la violencia frente a las diferencias, el apoyo a una doble moral en temas como el divorcio y el aborto, y por supuesto, la incapacidad de los gobiernos democráticos de romper los compromisos con las Fuerzas Armadas para resolver problemas de institucionalidad democrática y de Derechos Humanos. Además, se debe agregar que en consideración al mundo empresarial y económico, la legislación y normas de respeto al medio ambiente son letra muerta.

En síntesis, estamos frente a un modelo de desarrollo que ha aceptado pasivamente las tendencias del aumento de la brecha de la desigualdad social-económica, renunciando a la justicia social. En el Chile actual se pretende que la economía sea el vínculo que una a los chilenos, haciendo valer leyes propias, distintas e independientes del campo político. Esto no implica que el miedo, -tan presente durante la dictadura-, sea borrado como factor de la convivencia, sino que ha sido reorientado al campo de las relaciones económico-sociales, como insegurización en las condiciones de vida, siempre peligrando de deteriorarse. En el límite de este análisis, se puede decir que los sujetos sociales, especialmente los populares, saben perfectamente que el menor o mayor bienestar que puedan lograr sólo depende de ellos, ha desaparecido la noción o el referente ante el cual se espera algún efecto gracias a la presión o negociación ante el estado, como lo fue anteriormente.

Una simple visión de la cotidianidad de los sectores populares nos permite concluir que el régimen actual, el agotador trabajo diario exprime las energías y el tiempo para la vida social, o para recrear y potenciar cotidianamente los lazos sociales. Pobladores y pobladoras ausentes el día completo, trabajando 10 o 12 horas de acuerdo a las flexibles normas laborales, o que trabajan en dos lugares para juntar el dinero necesario, generalmente el día sábado y a veces el domingo. Hoy día nadie puede negar el impacto que el régimen laboral chileno ha causado en la sociedad con su alta exigencia en tiempo y energías. La indefensión ante los patrones es total y el fantasma de la cesantía impide romper el círculo.

Por otra parte, la distancia respecto de los referentes colectivos clásicos debe buscar su explicación en sentimientos de frustración y desconfianza. La política es ahora vista como cosa de una “clase política”, cayendo en el descrédito debido a la negociación cupular para el retorno a la democracia y las frustradas esperanzas de cambio que miles de chilenos depositaron en los gobiernos de la Transición a la Democracia. De la dictadura no se esperaba nada, pero sí de la democracia. Poco a poco avanza la convicción que nada alterará las cosas. Al contrario, lo que se percibe es al estado y sus autoridades definitivamente complacientes con el modelo actual. Esto también ha influido en lo que Garcés define como la “*pérdida de confianza en la acción popular organizada*”, motivada, no en el rechazo a la acción conjunta o a la gente, sino más bien en la convicción que nada se logrará y que la organización termina siendo una “*pérdida de tiempo*”.

Este desinterés por la acción organizada ha sido especialmente adjudicado a los jóvenes durante los últimos años. Durante la segunda mitad de los 90 se escuchó desde todos los niveles políticos y del estado la recriminación a los jóvenes por su desinterés en participar. Cundió la frase de que los jóvenes “*no estaban ni ahí con la política*” en razón de su negativa a inscribirse en los Registros Electorales y ejercer su derecho a voto. Sin embargo,

lo que verdaderamente representa esta actitud juvenil es la desconfianza y/o abierto rechazo a la manera en que se ha planteado la política durante los últimos años.

Desde el propio mundo político aparecen algunas voces que señalan que la situación de la sociedad civil, su debilidad y las características que tiene hoy, la hacen muy poco influyente en las grandes decisiones del país. La sociedad civil no influye en el debate.

Y LA COOPERACIÓN?

La cooperación internacional en Chile, hasta fines de los 80', se centró fundamentalmente en una relación de compromiso social y político, que se tradujo principalmente en un constante flujo de financiamiento. Como decíamos antes, durante la dictadura militar la cooperación internacional fue un actor decisivo en materia de reactivación del mundo social y político, en ayuda al mundo popular ante las crisis económicas motivadas por los procesos de ajuste estructural y, en materia de derechos humanos. No obstante, a partir de los años 90' el escenario fue cambiando, con una disminución abrupta de la cooperación. El sector concernido, especialmente las ONGs, resintieron el abandono cayendo en una crisis profunda. Se han cerrado muchas instituciones, se terminaron innumerables programas de acción y la incertidumbre se consolidó en este sector.

Cabe preguntarse entonces ¿Cuáles son las razones para esta disminución drástica de la cooperación?, ¿es que la democracia formal y la situación social, política y económica en Chile ya no justifica que la cooperación se haga presente?, ¿cuáles son los criterios que sostiene la cooperación para retirarse de un país donde se ha consolidado el modelo neoliberal?, ¿significa esto que la cooperación se constituye hoy día en un actor que acepta y cree en los nuevos conceptos introducidos por el modelo, que nos habla de índices macroeconómicos, de tendencias, de tratados internacionales de comercio, todos conceptos que no tienen ninguna representación concreta en la vida de los pobres? ¿es que la cooperación no asume como nuevas realidades de pobreza y de subdesarrollo el no respeto por el medio ambiente, la discriminación de género, de etnias, de acceso a la salud y educación, el stress laboral, las jornadas de 12 horas de trabajo, los niños solos todo el día ante la ausencia de sus padres que trabajan al otro lado de la ciudad?

Muchas interrogantes se plantean y pocas respuestas aparecen. En enero del presente año se realizó en Santiago de Chile un seminario acerca de la cooperación internacional, que aglutinó a numerosos actores de la cooperación y de sus contrapartes, chilenos y extranjeros, y luego de dos días de trabajo se terminaba por concluir que no aparecían con claridad las razones del retiro de la cooperación; “todavía no logramos entender” concluía una de las directoras de la asociación de ONGs ACCIÓN, convocante del seminario.

Precisamente, del debate de dicho seminario y de las opiniones que allí se expresaron, he sintetizado algunas ideas que he ordenado de acuerdo a dos preguntas centrales: ¿por qué retirarse? ¿por qué quedarse?

Por qué retirarse?

- Los criterios de varias fuentes de apoyo externo se están guiando por indicadores macroeconómicos para considerar que Chile no califica para la ayuda externa.
- Los países de América Latina tienen sociedades duales, que encubren grandes focos de pobreza y marginalidad y que no poseen la homogeneidad de las sociedades europeas, donde el ingreso tiene una distribución más equitativa. Parece ser que la prédica del país exitoso, nos está alejando de la ayuda y la cooperación internacional.
- En cuanto a la agenda global de la cooperación internacional, creo que hemos pasado en forma bastante rápida de una agenda, que era de tensión entre el anhelo de solidaridad y de desarrollo por un lado, y una vertiente mucho más prosaica, mucho más práctica, siguiendo los intereses de política exterior y económica de los países. Esta tensión ha ido disminuyendo en los últimos 25 años, no porque no quede un elemento importante de solidaridad, pero si uno ve el grueso donde se invierte la plata, hemos pasado gradualmente, pero muy rápidamente, hacia una agenda dominada por lo económica, financiero y comercial, (Thierry Lemaesquier, Programa Naciones Unidas para el Desarrollo).
- Los criterios que se han fijado para determinar el nivel de cooperación internacional, o la misma existencia de la ayuda internacional, toman principalmente en cuenta **la apariencia de una sociedad, la apariencia de los países**, como por ejemplo el índice de desarrollo humano, como uno de los criterios. Pero es obvio que en cada país, cuando se descomponen los índices nacionales por región, por territorio, por sexo, por clase social, es posible darse cuenta de la enorme variación, de las enormes desigualdades que existen. Entonces, graduar a los países como si no tuvieran la mayoría de su población en situación de pobreza, en situación de exclusión, en situación de desprotección, es un riesgo que se atreven a correr los países donantes, abandonando una agenda de desarrollo en favor de una agenda dominada por preocupaciones principalmente económicas, financieras y comerciales.
- “Un criterio fundamental ahora es la **solidez**: ‘Basta de objetivos ideales pero inalcanzables en su mayoría y basta de proyecciones utópicas’, lo que queremos y lo que necesitamos, son resultados, ejemplos contundentes que ilustren que realmente para algo sirve la cooperación internacional, y que de esto resulte además un cambio de políticas o prácticas, para poder demostrar resultados e impactos...” (Theo Bouma, Coordinador del Buro América del Sur Novib/ Oxfam Internacional.)
- La situación de la cooperación en los últimos años se resume así: “un viraje desde una apuesta al proceso hacia una apuesta de resultado, un viraje desde una apuesta desde el corazón, hacia una apuesta desde la razón; de la apuesta desde la pasión, hace dos décadas, hacia una apuesta a la compasión. Un viraje desde un contenido político, de hace 20 o 25 años, a otro contenido con la palabra clave de “pobreza”. Y además, un nivel de individualización, que directamente amenaza la cooperación internacional y en el mejor de los casos representa nuevas exigencias y nuevos desafíos. (Idem)
- Un viraje desde el enfoque político, hacia una entrada más bien inspirada por consideraciones de pobreza, ha sido lo que ha marcado más la cooperación internacional en

la última década. Esto también muestra una debilidad política por parte de la cooperación al no reconocer lo que sucede en cada país de América Latina de hecho. (Idem)

- Vemos en los años '90, democracias insipientes después de un largo período de dictadura, que les quita el carácter de emergencia y urgencia en la agenda de la cooperación. Aquí se pierde un elemento antes importante, que era la solidaridad con la dimensión política. (Wilfredo Marcelo, representante de Broëderlijk Delen en Chile).

- Está la imagen, y la realidad también de alguna forma, por la ola de tratados de libre comercio en los años '80. Chile ahí fue vanguardia, firmando con medio mundo tratados de libre comercio, y ahora se presenta al mundo exterior como potencial socio comercial confiable, apartándose más bien de los otros países en donde no quiere presentarse como país sujeto a cooperación desde una política de Estado. (Idem)

- En la región Andina, Chile aparece con la imagen de un país inversionista. Si uno viaja por Perú, Bolivia o Ecuador, encuentra las mismas AFP, Isapres, las mismas líneas de aviación, tiendas comerciales. En la región, Chile de alguna forma es visto como un país del que fluyen capitales y no como socio político de los problemas sociales que aquejan a los otros países vecinos. (Idem)

Por qué quedarse?

- El representante de EED, (Servicio de las Iglesias Evangélicas en Alemania para el Desarrollo), agencia que decidió quedarse en Chile, sostenía que *“hemos descubierto que la pobreza económica o de capacidades, no es el único terreno donde se expresa la exclusión, la discriminación y la subordinación, que hay otros aspectos que necesitan ser redimensionados de raíz, como: la relación entre mujeres y hombres, entre indígenas y mestizos, entre niños, jóvenes y adultos, entre personas y naturaleza. Igualmente concluía que reconocen en Chile, un país que se ha desarrollado económicamente, sin embargo también reconocen la existencia de una fuerte desigualdad en ese desarrollo.*

- La reconstrucción de tejido social, de formas de convivencia, de encuentro y diálogo, aparece como un enorme desafío de la acción social y política, a partir de la experiencia de los diversos grupos sociales, especialmente de aquellos más desfavorecidos o injustamente relegados en la distribución de beneficios.

- Es necesario repotenciar desde el mundo de las ONGs y de la cooperación los tipos de relaciones y alianzas para trabajar por el fortalecimiento de la sociedad civil y del “capital social”.

- El problema de fondo es el enfrentamiento a un modelo que privilegia lo económico sobre lo social, que subyuga a la persona, que considera al trabajo como una mercancía. Por lo tanto es necesario, hoy más que nunca, potenciar, empoderar, al movimiento social. Si vemos los problemas de género, los problemas de los derechos humanos, los problemas de los trabajadores, los problemas de los pueblos originarios, medioambientales, es siempre una raíz común: el modelo.

- Es necesario que ciertos actores, como por ejemplo las ONGs, entren en la disputa cultural, es necesario darle más densidad al debate en el país y realizar investigaciones que aporten a esto. Uno de los principales temas es justamente revalorar lo público, más que ponerse afuera.

- Un desafío fundamental es ser mucho más conscientes, más precisos y más actualizadamente constructores de la sociedad civil. Es necesario aportar a la creación de vínculos entre las personas, reconstruir los espacios de sociabilidad.
- Es imprescindible revalorar el trabajo. El mundo del trabajo ha perdido estatus en la sociedad chilena, el respeto al trabajo es casi nulo. Las violaciones al derecho laboral en el país son enormes, aun cuando existe una legislación absolutamente favorable a los patrones. La pregunta por el movimiento sindical o de los trabajadores es absolutamente vigente en la actualidad, pero ahí está y no hay reacción frente a eso, porque no hay un mundo cultural, social con capacidad para que reaccionemos frente a eso.
- La cooperación debe reconocer que se ha logrado rearmar un argumento en común en América Latina, desde el mundo cultural, desde las ONGs, desde ciertos lugares del mundo social, y que es la recuperación crítica. Se ha generado un consenso respecto a lo negativo del modelo de desarrollo que se ha planteado en América Latina y la convicción de que este no se sostiene por ningún lado. Sin duda la crisis de Argentina es uno de los ejemplos más tristes y que permite mostrar los riesgos que viven nuestros países sujetos a dicho modelo.
- Es necesario abordar el problema del debilitamiento del Estado. Antes luchábamos contra el estado como el gran represor de las libertades políticas, sociales, pero ahora es necesario repotenciarlo, es de todos, es el que debe promover la justicia social.
- Los partidos políticos no funcionan, lo que operan son maquinarias de poder. La desconexión con el mundo social es profunda, el sentir popular no tiene cabida y la relación entre el ciudadano y el poder público, a través de los partidos políticos, no está funcionando.
- En la constitución de la OMC está claramente dicho de que cuando están en juego o en conflicto, los derechos sociales, laborales, humanos, frente a los intereses del capital, los derechos humanos tienen que subordinarse a los derechos del inversor. Eso está explícito, y todos nuestros países han firmado esto. Pertenecer a la OMC, significa adscribir a esta nueva constitución internacional y es en este contexto donde se dieron los procesos que hemos denominado revoluciones neoconservadoras de nuestros países, y donde Chile fue un ejemplo y pionero en estos avances.
- Si no somos capaces de volver a recuperar la cooperación internacional para potenciar a la sociedad civil, el destino que tenemos es semejante al de Argentina. Hoy lo que opera, entre la ciudadanía y el poder del Estado, son relaciones clientelistas, informales, y no orgánicas, y hay un vacío que las organizaciones de la sociedad civil tenemos que llenar fortaleciendo nuestras obligaciones.

Para terminar, quisiera agregar algunas reflexiones respecto a las contrapartes más específicas de la cooperación, me refiero a las ONGs. Como decía anteriormente, estos organismos han vivido los últimos años serias dificultades, muchas han desaparecido, otras se han empequeñecido a la mínima expresión, y otras, las menos pero las más fuertes, han logrado capturar los fondos y acciones promovidas desde el gobierno. Sin duda son muchos los temas que desafían a las ONGs en la actualidad aparte del financiamiento: los nuevos escenarios sociales, los viejos y nuevos temas que se deben priorizar, la necesidad de generación de conocimiento y pensamiento crítico, las herramientas teóricas y metodológicas para realizar el trabajo **en y con** el mundo social, el tipo de relación y trabajo conjunto con el mundo social, entre otras. En efecto, hoy día la pregunta por el papel que juegan las ONGs como parte del movimiento social es fundamental. Ana María

de la Jara, dirigente de ACCIÓN señalaba, “nosotros, las ONGs, nunca dijimos a la cooperación que nuestro aporte fundamental era la superación de la pobreza, no podemos hacerlo, no tenemos los medios. Lo que nosotros debemos hacer es apoyar a los movimientos sociales, ser parte de los movimientos sociales, luchar por una mayor ciudadanía, por construir sociedades más justas, más equitativas, más sustentables, menos discriminadoras, etc. Quizá para eso es necesario, en la actualidad, rescatar otro tipo de cooperación internacional, lograr recuperar para el movimiento social y para la sociedad civil una relación, posiblemente más difícil de alcanzar, pero con más riqueza, con un abanico más amplio y que indudablemente podría aportar más.”

En este sentido, creemos firmemente que las ONGs son actores que deben permanecer en el mundo social, cultural y político de nuestros países. Esto no significa que no se deban hacer ejercicios de reflexión y puesta al día en muchas cosas, los cambios han sido significativos por lo tanto cuando se pretende repensar el trabajo en el mundo social, también es necesario tener presente los cambios que han operado en dicho mundo. No logramos nada con mirar nostálgicamente la sociedad de los 80, especialmente la popular, con su carácter movilizado y combativo contra la dictadura. El desafío es construir junto al mundo social una nueva relación, horizontal, en donde los saberes y aspiraciones sociales sean la piedra fundamental de las alternativas frente al sistema imperante, y desde allí ir generando un movimiento amplio, profundamente democrático, que se convierta realmente en un sujeto o actor relevante en los esfuerzos por avanzar en una sociedad más justa e igualitaria.

La pregunta que queda es si esto se puede hacer sin la ayuda de la cooperación internacional.